



Hombres de Acero



Milton Sills.
Doris Kenyon.

25
CTS



ARCHAINBAUD, George

La Novela Metro Goldwyn

Publicación Semanal de argumentos
de películas de

Núm. METRO GOLDWYN MAYER 25
52 :: y FIRST NATIONAL :: Cents.

Ediciones BISTAGNE

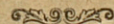
Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 2717 A - Barcelona

Hombres de acero

(HEEN OF STEEL, 1926)

Extraordinaria superproducción de vigoroso asunto
interpretada por

Milton Sills, Doris Keyuon, May Allison
Victor Mac Laglen, George Fawcett,
Frank Currier, etc.



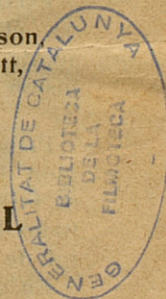
ES UN FILM

FIRST NATIONAL

DISTRIBUIDO POR

Metro-Goldwyn Corporation

MALLORCA, 220 — BARCELONA



HOMBRES DE ACERO

Argumento de la película

Creado por el hombre, el Acero ha llegado a ser en nuestros tiempos un formidable forjador de destinos humanos... uno de los más poderosos monarcas de la Tierra.

Factor tremendo de la civilización moderna, él allana abismos, construye ciudades, acorta distancias y prepara la gran obra de fusión de todos los pueblos de la Tierra.

I

Principia la acción de esta novela en la región de Mesaba, en Minnesota, seno pletórico de la Naturaleza del cual extraen los hombres todos los años millones de toneladas de mineral de hierro.

En una de las muchas minas bajo el dominio del omnipotente Zachary Pitt, denominado el Rey del Acero, trabajaba Jan Bokak, hombre primitivo como el mineral que arrancaba a las entrañas de la tierra, y generoso y pródigo como ella.

Antón Zorn, otro minero, estaba orgulloso de la amistad de Jan, y parecíale que era amigo de un volcán, por lo incansable que era en producir.

Mary, hermana de Antón, amaba también, con ternura de madre y pasión de mujer, a Jan, y era correspondida cual merecía por él.

Mary vivía con su madre, a quien las amarguras habían envejecido prematuramente, y que ayudaba aún a subvenir a las necesidades de su casa lavando ropa de los demás.

Claire Pitts, la hija del magnate, recorría en el vagón particular de su padre aquella tierra negra donde se sentía como una princesa de un cuento de hadas.

La madre de Mary, que pasaba, cargada con ropa, por la estación del lugar cuando Claire apeábase del tren, fué llamada por ésta, y acercóse a la bella señorita con emoción.

—¿Tiene usted mi ropa? — preguntóle Claire.

—Sí, este es su paquete, señorita.

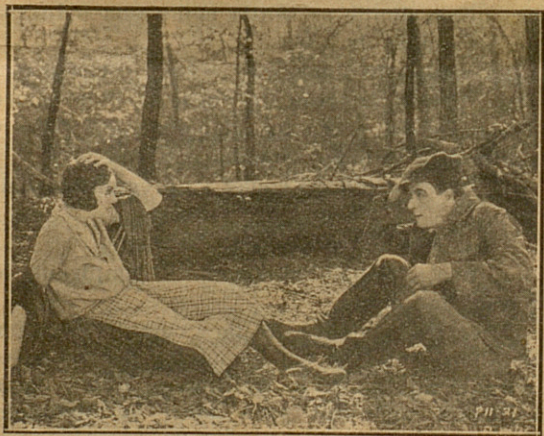
—Bien... Súbalo al vagón. El empleado le pagará la cuenta.

Mientras la madre de Mary cumplía la orden de Claire, ésta se dejaba adular por su inseparable adorador, J. Wellington, quien hacía esfuerzos inauditos para hacer agradable la excursión de su amada, con la que tenía esperanzas de casarse.

En el vagón de Claire, la madre de Mary se detuvo, llorosa, recordando su pasado, ante un retrato de aquella, y, no pudiendo resistir a la tentación, se apoderó de él, ocultándoselo en el pecho.

En aquellos momentos, Mary y Jan se hallaban juntos en un bosque inmediato a la misma, después de haber llevado Mary a su hermano Antón la comida, y mientras Jan daba cuenta de su modesto yantar, preparado por él mismo, ella le habló, llena de amor, de este suerte:

—¡Oh, Jan! No has nacido para llevar esta



...Mary y Jan se hallaban juntos en un bosque...

vida. ¿Por qué el destino no me ha hecho como a Claire Pitt?

Jan la miró con ternura, y estrechándola vigorosamente contra su corazón, le respondió:

—El destino te ha hecho mejor, Mary. Sé mi mujer y haré milagros para darte la vida que ambicionas.

Mary le amaba con toda su alma, y le dijo:

—Quiero ser tu mujer, Jan, pero para hacer esos milagros que dices, tienes que aprender a leer y a escribir. Y, además, tienes que dejar de beber.

—¡Todo lo que tú quieras, vida mía!

—¿Me lo prometes?

—¡De todo corazón!

—¡Entonces, nos casaremos, Jan! Ven esta noche a cenar a casa. Daremos a mamá la buena nueva.

—¡Qué feliz soy, nena! ¡El mundo es pequeño para contener mi dicha!

II

Mary tenía otro hermano, Alex, un desdichado débil de espíritu, que trabajaba también en la mina, como Antón, y a quien ella le había llevado, junto con la de éste, la comida antes de verse con Jan en el bosque.

Masarick, un ave de paso, sin oficio ni beneficio, esperaba granjearse las buenas gracias de Mary, de la que estaba enamoradísimo, cultivando la amistad del infeliz Alex.

Jan, después de terminada la jornada, presentóse ante ellos, Antón y varios compañeros más, que se disponían a volver a sus casas, y exclamó, loco de alegría:

—¡Mary me ha dicho que sí!... ¡Venid, muchachos, vamos a beber a la salud de la novia!

Todos le rodearon, y Jan, comprando licor a Masarick, que se dedicaba al contrabando, logrando buenas ganancias con los mineros, lo repartió entre su compañeros.

La bebida les gustaba a todos, pero más a Jan que a ninguno, en vista de lo cual, Antón, su fraternal amigo, no participaba de la alegría general, apesado por el excesivo tragar del "volcán".

Cuando se hubo agotado el licor, los mineros estaban borrachos perdidos, conservando tan sólo el equilibrio Masarick, Alex y Antón.

Jan no podía ni con su alma, y Antón, indignado, díjole a Masarick:

—¡Tú tienes la culpa! Si no vendieras ese maldito ron de contrabando, no pasarían estas cosas.

—Yo no hago más que ofrecer... Ellos quie-

ren comprar... — respondió con cinismo Masarick.

—Si tú no los tentases...

Alex se puso de parte de su íntimo, y dijo a su hermano:

—Déjale tranquilo. Masarick es mi amigo y no quiero que nadie se meta con él.

—Tú te callas, pues no sabes lo que dices.

—¡Déjanos en paz!

Al poco rato los mineros regresaron a sus respectivas cabañas, en una de las cuales vivían, en sendas habitaciones independientes, Masarick y Jan.

Masarick entró en la cabaña de Mary, antes de ir a la suya, y le dió las buenas noches... para recordarle a cada momento que él no cesaba de pensar en ella, pero el principal objeto que le llevó allí aquella noche era el comprometer a los ojos de Mary a Jan, enterándola de que había bebido más de la cuenta.

Antón llegó un poco después de haberse marchado Masarick, y Mary le preguntó si era cierto que Jan había bebido.

Antón contestó con evasivas, y Mary, deseándolo fervorosamente, dijo:

—Ya me parecía a mí que ese Masarick menta...

Pero cuando vió a Jan, comprendió que Antón no había querido decirle la verdad para que no se disgustase. Y colocándose delan-

te de su novio, le recriminó su conducta:

—¡Bien poco me quieres, Jan! ¡A lo que han quedado reducidas todas tus promesas!

—¡Si no he bebido, lucero!

—Jan, veo que es machacar en hierro frío. No tienes enmienda. Tú sigue tu camino y yo seguiré el mío.

Y Mary rompió a llorar.

Al día siguiente, en la mina, Antón vió a su hermano Alex guiando una grúa que transportaba mineral de un sitio a otro, y como ejecutaba torpemente la maniobra, le hizo varias indicaciones.

Pero Alex, indómito, le respondió, amenazador:

—¡Aparta de mi lado o te rompo el alma!

El capataz, que andaba cerca, sorprendióse al oír esta amenaza.

Masarick acercábase en aquellos momentos a la grúa de Alex, para charlar con éste, y, al encontrarle en su camino, Antón le detuvo y le dijo, recordando el llanto que derramó toda la noche Mary por la embriaguez de Jan:

—Tu endiablado alcohol siembra la discordia en este campamento, y no quiero tolerar más tu infame tráfico. ¡Ahora misma vas a presentarte ante el *sheriff*!

Masarick dejóse cegar por la ira y no viendo ante sí más que a un terrible enemigo, le dió una palada en la cabeza, y Antón cayó

aparatosamente sobre el mineral que la grúa de Alex recogía.

Y sucedió que, huyendo de allí Masarick, una vez cometido su crimen, Alex, sin darse cuenta, recogió con la grúa, como si fuese también mineral, el cuerpo sin vida de su hermano, que fué cargado en un carro.

Los pies del infortunado Antón se asomaban por entre el mineral y unos mineros descubrieron, con el consiguiente estupor, el cadáver.

Alex estaba aterrado, y creyó enloquecer cuando le acusaron del crimen.

Las apariencias le condenaban, comprometiéndole sobremanera la amenaza que el capataz oyó de labios de Alex contra Antón.

Alex fué detenido, a pesar de sus protestas de inocencia, y Mary, desesperada al enterarse de la tragedia, abogó por él, creyéndole inocente.

En tanto, Masarick se debatía en la tupidísima red de la inquietud.

III

Enterado de lo ocurrido, Jan reunióse con Mary, avergonzado, además, de su conducta de la víspera, y se le ofreció incondicionalmente.

Pero nada podía consolarla.

—¡No, por Dios! ¡Que no se lleven a Alex!
¡Es todo lo que nos queda!

Su madre se moría, también, de dolor.

Ante aquel cuadro desgarrador, Jan se aferró a una idea salvadora, y, sin vacilar, fué al encuentro de Masarick, que sabía escribir, y le dijo, llenándole de temores, fundados porque él era el culpable.

—Hazme el favor... Escribe lo que voy a dictarte...

—¿A quién diriges la carta? — inquirió el criminal, receloso.

—Al *sheriff*.

—¿Al *sheriff*? Y... ¿por qué? ¿Qué... qué ha ocurrido?

—Por lo de mi pobre amigo... Ponle "*Yo he matado a Antón*."

—¿Qué dices?

—¿No te has enterado, Masarick? ¡Antón ha sido asesinado!

—¡Ah!

—Acusan del crimen a ese infeliz medio idiota de Alex... pero están completamente equivocados.

—¿No ha sido él?

—¡No! Alex es inocente. ¡Yo maté a Antón!

—¿Tú?

—Sí. Pónselo, sin más detalles, al *sheriff*.

—Pero...

—Hazlo tú, pues yo no sé escribir.

—Me aflige...

—La verdad ha de salvar a un inocente, Masarick.

—Si insistes... Ya está... Y... ¿he de llevar estas líneas al *sheriff*?

—Sí, antes de que detengan al pobre Alex.

Masarick, encantado de que su culpabilidad quedase cubierta gracias a la incomprensible acusación de Jan, encerró, como medida de precaución, a éste en su cuarto, y precipitóse a casa del *sheriff*, a quien entregó la carta al mismo tiempo que le decía:

—¡Jan se ha confesado autor del crimen! Lo tengo encerrado en la cabaña.



—Al *sheriff*.

Peró Jan, consumado su sacrificio para salvar a Alex, no quiso caer en manos de la justicia, huyó de su encierro y se dirigió en un cargamento de mineral hacia Duluth, en donde el rojo mineral de hierro hacía un alto en su camino hacia los Altos Hornos gigantes.

En Duluth la flota de barcos fluviales de Zachary Pitt se apoderaba del mineral y lo llevaba al Este para la mágica transmutación de la materia.

Grines, llamado, por sus íntimos, "Cascarrabias", era el jefe supremo de la flota. Su amistad con el Rey del Acero comenzó cuando, hacía seis años, los dos trabajaban en la misma mina.

Jan se hallaba oculto en el barco en que Grines vigilaba la operación de carga del mineral en polvo, y acuciado por el hambre arriesgóse a subir a cubierta, en el preciso momento que un camarero dejaba una bandeja con succulentos manjares al alcance de Grines.

Este leía un periódico y prestó atención al siguiente aviso, encabezado por el retrato de Jan.

RECLAMADO

por el "sheriff" de Mesaba, Minnesota

por

HOMICIDIO

Se recompensará a quien dé informes o detalles que conduzcan a su captura.

Jan, aprovechando la distracción de Grines, acercóse arrastrándose a la bandeja de alimentos y alargó la mano para apoderarse de una parte de ellos.

Pero no pudo coger nada, pues Grines le sorprendió a tiempo.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué querías robarme el almuerzo? ¿Quién eres? — le dijo, zarandeándole.

Jan le miró implorante, y Grines, reconociendo en él al hombre del retrato del periódico, le mostró éste y le dijo, dispuesto a no dejarle escapar:

—¿Conque te reclaman por haber "pringado" a uno, eh?

Viéndose descubierto, Jan, para evitar el peligro de ser detenido, apoderóse del viejo "Cascarrabias" y levantándolo en vilo lo arrojó a la montaña de mineral que se acumulaba en las bodegas.

Nadie presenció esa escena, y Jan buscaba el modo de huir sin poner sobre aviso a los obreros de a bordo, pero la grave situación de Grines, que se ahogaba al cubrirle el mineral, sin que sus lamentos fueron oídos por su gente, le detuvo en el — para él — lugar de peligro, y escuchando la voz de su conciencia le subió a cubierta.

Asombrado, el viejo "Cascarrabias" le dijo, refunfuñando, según su costumbre:

—Vamos, hombre, ¿por qué me has salvado la vida?

—No sé... ¡tal vez porque me dió pena que un mineral tan limpio fuera manchado por una vieja carroña! —respondió Jan.

Alguien se acercaba.

—¡Escóndete ahí! —le dijo a Jan el viejo.

La que se aproximaba a él era la inquieta Claire, a quien acompañaba su adorador Wellington.

Al ver a Grines cubierto de mineral, la joven exclamó:

—¡Eh? ¿Desde cuándo se da usted masajes faciales con polvillo de hierro?

—¡No te rías, niña! Si estuvieras aquí en mi puesto, no conservarías mucho tiempo tu cutis de lirio. Y, dime, Claire, preciosa... Si un criminal fugitivo de la justicia te salvara la vida ¿qué harías con él?

—Depende. Si el criminal fuera guapo e interesante, le daría a elegir entre la policía y casarse conmigo.

—Y Wellington, que se fuera con la música a otra parte, ¿eh?

IV

En Steel City (La ciudad del Acero) en donde las negras fauces de los hornos devoran insaciables, día y noche, el negro pasto arrancado a la tierra. Zachary Pitt había construí-

do un monumento ciclópeo, el símbolo de la Conquista de la Naturaleza por el Hombre: un inmenso, fabuloso laboratorio, en donde la tercera materia se transfiguraba y se convertía en esclava del Progreso.

Zachary Pitt, el hombre que había acometido y llevado a cabo esta empresa de titán, era enérgico, dinámico, como un volcán disciplinado.

Grines presentóse ante Pitt con Jan, a quien deseaba proteger, agradecido porque le salvó la vida arriesgando su libertad, o sea, la suya, y le dijo:

—Un tal *John Brook*... me hizo un favor... ¿Tienes algún empleo para él?

Pitt miró a Jan con petulancia, examinándole de pies a cabeza, y se encogió de hombros. Ya vería si tenía algo para él...

Jan, cuyo carácter chocaba con el de Pitt, preguntó a Grines:

—¿Quién es ese viejo?

—¿Ese?... Ese es el amo.

—Bueno. Yo me buscaré el empleo.

Y los dos viejos se quedaron mirando sorprendidos por aquel arranque de soberbia de Jan, con el que quería demostrar que no necesitaba la piedad de nadie para trabajar como él sabía hacerlo.

¡Caramba, qué genio! Hombres como él hacían falta en empresas como aquella!...

Y Pitt le respondió:

—Bueno. Ahí tienes el establecimiento. Prueba tu suerte.

Entretanto, el paso de Claire Pitt por tierras de Mesaba había dejado un reguero de murmuraciones.

Una emperifollada jovencita, que se complacía en amargar la vida de las muchachas que tenían agradables pretendientes, vió a Mary y le dijo, dispuesta a causarle mucho daño:

—¿No subió tu madre al vagón particular de Pitt?

—Sí... ¿Por qué?

—Porque dicen que después de eso notaron la falta de varias cosas...

—Detrás de mi madre pudo haber subido alguien más.

—Es el caso que la única persona que subió al vagón fué tu madre.

—¿Qué dices, Ana? Eso es acusar de ladrona a mi madre, y te va a doler el haber osado pronunciar esas palabras.

Y, como una fiera, se arrojó sobre Ana, dándole una buena paliza.

Luego, de regreso a su casita, jadeante, afligida, enteró a su madre de lo ocurrido.

Entonces la pobre madre, para justificar el robo del retrato, reveló a Mary su secreto...

—Sí, Mary... Yo cogí un retrato de Claire Pitt... porque Claire es tu hermana, Mary... mi hija como tú...

—¿Qué estoy oyendo, madre?

—Sí... Escúchame... Cuando Zachary Pitt era joven, ya entonces la noble ambición de ser fuerte y poderoso le dominaba por entero... Noche tras noche volvía a casa, rendido, extenuado... Yo, necia y egoísta, creía que no me quería... No comprendía entonces que estaba trabajando para mí... para Claire y para ti... Apareció en mi vida otro hombre... un viudo... el hombre que conociste como padre... Yo era muy joven y aquel hombre me trastornó. Me escapé con él y sus dos hijos, el pobre Antón y Alex. Tú eras muy pequeña y no tuve el valor de abandonarte... ¡Sólo Dios sabe lo que he sufrido!

—¡Pobre madre mía! ¡Cómo te compadezco!

**

Meses de obstinada porfía, de energía sobrehumana, transformaron a Jan Bokak, el tosco y el primitivo, en John Brook, el factor potente del emporio siderúrgico de Steel City.

Pitt se había fijado detenidamente en él y le parecía muy misterioso, pues jamás hablaba de sí mismo... ni de su pasado, limitándose tan sólo a estudiar y a trabajar como un negro.

Jan estaba satisfecho de su obra, y no habiendo olvidado en ningún momento a Mary, le escribió la siguiente carta:

Mi querida Mary:

Estoy cumpliendo tus deseos. Me instruyo y me esfuerzo en construir un porvenir

brillante. Estoy convencido de que en ningún momento has creído que maté a Antón. Pero no puedo proclamar en voz alta mi inocencia porque entonces Alex sería acusado.

Te iré dando noticias mías, y espero que las recibirás con agrado.

Tuyo siempre.

Jan.

V

Jamás la mente rectilínea de Zachary Pitt había conocido ni la vacilación ni la duda. Sin embargo, desde hacía unos días, un rimerero de problemas distraía sus pensamientos.

Grines entró en su despacho cuando más preocupado se hallaba Pitt.

—¡Buenos días... rayito de sol! — saludóle jovialmente, como era su costumbre.

Pitt contestó al saludo con un mugido.

—Tienes cara de muy pocos amigos. ¿Qué te pasa... Don Tripas a la Vinagreta?

—Esto va mal... ¡mal!... Hay agitadores en la casa... intrigan... siembran el descontento... provocan accidentes...

—Convéncete... has perdido tu empuje de antes... Tienes que retirarte a comer sopitas.

—El que tiene que comer sopitas eres tú, viejo rinoceronte. ¡Si pudiera tener a mi lado a

John Brook! No tiene una gran cabeza, pero tiene nervio... Es todo un hombre.

Luego la conversación recayó sobre Wellington, el pretendiente de Claire, que quería dejar el dibujo y estudiar *el negocio* de la industria siderúrgica, y las risas de los dos viejos fueron ruidosas. ¡Si Wellington era un ornamento de los salones de tel! ¡Un lirio con pantalones! Francamente, Pitt preferiría mil veces a Brook como yerno.

Este se hallaba en aquellos instantes arregando a los trabajadores, y al oír rumor de voces Pitt y Grines se asomaron a la ventana del despacho del primero.

—No escuchéis a esos agitadores asalariados — decía Jan a los obreros—. No es una cuestión de jornales más altos. Lo que debemos pedir es que nos dejen un margen para adquirir acciones y trabajaremos con más estímulo.

Uno de los cabecillas agitadores gruñó:

—¡Maldito sea!... ¡Siempre tiene una turba de inocentes que le siguen y le escuchan como si fuera un profeta!

—Si Pitt no estuviera ciego, vería que es digno de estudio lo que razonablemente pedimos. Entonces surgiría del hirviente crisol de la industria un nuevo espíritu... ¡el espíritu del interés común!... Si Pitt nos dejara comprar con nuestros ahorros acciones de su Compañía, destruiríamos a esos canallas que ahora siembran la discordia.

El cabecilla que lo maldijera gruñó de nuevo, odiándole:

—¡Eso de canallas lo dice por nosotros! ¡Maldito charlatán! Se arrepentirá de haber pronunciado esas palabras!

Pitt no estaba tampoco encantado de lo que acababa de oír. Eso de la venta de acciones a sus obreros no le gustaba. ¡De ningún modo! Y murmuró algún reproche contra Brook, pero Grines le dijo:

—No le quieras mal, no es malo... Lo que le pasa es que de niño fué criado con leche agria.

—Ya te obligaré yo a que estés conmigo... ¡quieras o no quieras! — exclamó Pitt, refiriéndose a Brook, que no había querido nunca tener tratos con él, pues apenas le saludaba en los talleres.

—No seas tonto, hombre. Ahí donde lo ves, con esa cara de basilisco, tiene un corazón que no le cabe en el pecho.

Entonces Pitt pronunció, lleno de melancolía:

—¡Solamente una vez en mi vida traté de hacerme querer de una persona... mi mujer... y fracasé miserablemente! Cada vez que recuerdo eso, la vieja llaga se me abre... No, compadre... No me siento hoy con ánimos de nada.

Jan había terminado su arenga a sus com-

pañeros, y acercóse a los cabecillas-agitadores, a quienes, con valentía, manifestó:

—Cuando dije “esos canallas” me referí a ti y a los que te siguen... Tú fuiste el que provocó los últimos accidentes...

Todos le miraron con odio, principalmente el jefe de los agitadores, a quien Jan acusaba sin rodeos, y cuando éste se alejó de ellos, concertaron, no dispuestos a soportarle más, su muerte, y el descarrilamiento de un tren en la torre del agua, para amedrentar a los obreros que se resistían a pasarse a su bando cuyo lema era “Menos trabajo y más jornal”.

VI

El rebelde que recibiera la orden de hacer descarrilar su tren la iba a cumplir, y corrían inminente peligro de muerte muchos obreros, entre los que iban Pitt y Claire.

Jan, que vigilaba las maniobras, se dió cuenta de ello, y precipitóse a cambiar las agujas, para corregir el desvío del tren, y gracias a su heroísmo fué evitada la tragedia, pero él, perdiendo el equilibrio en su precipitación, desplomóse al suelo desde regular altura.

Pitt y Claire se apresuraron a reunirse con el herido, para comprobar su estado, y al ordenar alguien que lo llevaran inmediatamente

al hospital, Pitt le atajó de esta manera:

—¡No! Claire y yo le debemos algo... ¡Que lo conduzcan a mi casa!

Y fué así como Jan entró en el hogar de Pitt.

Mientras allá en Mesaba otra nube negra había entenebrecido el de Mary, quien en aquellos momentos escribía esta carta:

Señor Zachary Pitt.

Steel City.

Querido señor Pitt:

Mi pobre madre antes de morir me dió pruebas de que era usted mi padre. Le prometí no decir nada mientras viviera, pero hoy que...

No pudo terminarla, y, resueltamente, dijo a su hermano Alex:

—Me voy a Steel City... ..y tú vendrás conmigo.

Masarick, que estaba con Alex, dijo, por su cuenta:

—Yo os acompañaré. Conozco muy bien Steel City y estoy seguro que encontraré empleo para todos.

Luego murmuróle a Mary:

—Ya sabes que te quiero. ¿Por qué no te casas conmigo para que tengas alguien que te proteja?

—Una vez en Steel City, Masarick, no necesitaré la protección de nadie.

—Ya lo sé, Mary... Sigues queriendo a Jan... No puedes arrancártelo del corazón...

—¿A Jan has dicho? ¡Jan Bokak! ¡No, no le

he olvidado, y en cuanto le vea...!

Y crispó los puños, llena de furor, creyendo que Jan mató a Antón.

**

Durante la lenta convalecencia de Jan, Pitt y él aprendieron a conocerse. Y por encima de su terquedad y de su diferencias de criterio, establecióse entre ellos una fuerte corriente de simpatía y de respeto mutuo.

Pitt aprovechó la primera ocasión para hablarle del asunto de las acciones que Jan pedía para los obreros.

—...Y no obstante todos sus argumentos, jamás ¿lo oye usted? jamás venderé acciones a los obreros y les dejaré que se entrometan en mi negocio.

—No sea usted terco, Pitt, y haga una prueba.

—Precisamente hoy viene una delegación de obreros... Ahí se le presenta una ocasión de mostrarme que sabe usted manejar a esta gente...

—Conforme...

—Pero, le advierto ¡nada de reparto de acciones!

Claire separó a Jan de su padre, diciéndole cariñosamente:

—Venga, Hombre de Hierro, continuaremos hoy la obra de embellecimiento de sus manos.

Y le hizo la manicura, al ver lo cual comentó Grines con Pitt:

—¿Qué está haciendo Claire? ¿Queriendo convertir ese bloque de mineral en una porcelana de Sèvres?

—Si sigue por ese camino — respondió Pitt —, en lo que le convertirá será en yerno mío.

—¡Yerno tuyo! ¡No digas barbaridades! Claire está empalagada con ese zascandil de Wellington y por eso trata de distraerse con Brook, que es, sin duda alguna, un número sensacional.

—Brook es un hombre entero... Y cuando pienso que ese lirio con pantalones que se llama Wellington pueda un día sucederme, si Claire se casa con él, me echo a temblar...

—Pero ¡por los clavos de un zapato viejo! Claire no puede casarse con Brook... Brook es un... un...

—¿Qué es Brook... qué es?

—Es... digo... no es partido para Claire.

... ¡Grínes había estado a punto de revelar la supuesta personalidad de Jan!

VII

En tanto, Jan decía a Claire:

—Claire, veo que a su papá le entusiasma poco la perspectiva de tener por yerno a Wellington.

—Sí... muy poco...

—Es en lo único que estamos completamente de acuerdo su papá y yo...

—Ya lo sé. Y también sé que a mi padre le encantaría tener por yerno... al Hombre de Hierro.

—Pero como eso no depende de la voluntad de su padre, sino de uno mismo...

—Jan... ¿ha estado usted enamorado alguna vez?

—Una vez...

—¿Cómo era ella?

—Muy hermosa. Y ¡cosa rara! a veces se parece usted extraordinariamente a ella.

Pitt sorprendió en tan interesante conversación a su hija y Jan, y al llegar la comisión de obreros, no pudo menos de decirles, lleno de satisfacción:

—¡Muchachos! ¡Regocijaos! ¡Brook se va a casar con mi hija! Y para probarle que no soy tan terco como él pretende, estoy dispuesto a ir aun más lejos de lo que él mismo abogó... Para celebrar la boda repartiré entre los trabajadores, a título de prima, un lote de mis acciones personales en la Compañía.

La alegría de los obreros fué enorme. La noticia corrió presto de boca en boca y pronto la conoció todo el personal de los importantes talleres.

Y Jan, agradecido a Pitt, sacrificóse por los obreros, sus hermanos en la lucha por la vida, tan dura, tan cruel, y dijo a Claire:

—¿Quiere usted casarse conmigo?

—Sí, John... Mi padre será muy feliz.

Estas palabras fueron oídas por Mary, que acababa de llegar a la casa, habiéndose decidi-

do a hacerlo aquel día, y como John se marchó seguidamente, para hablar con Pitt, Claire recibió a Mary, a quien dijo:

—¿Qué desea usted, señorita?

—Querría ver a su padre a solas.

Jan pasó cerca del salón donde estaban ellas, y como Mary hizo un movimiento de estupor, Claire le preguntó, señalándole a Jan:

—¿Conoce usted al señor Brook?

Jan se había detenido, asombrado, ante las dos mujeres, y lo que leyerá en las miradas de Mary lo confirmaron estas palabras:

—¡El señor Brook! ¿A ese le llaman... el señor Brook? ¡No... no! ¡No puede usted casarse con él! ¡Ese hombre mató a mi hermano!

—¿Qué dice usted, mujer?

Jan trató de hacer comprender la verdad a Mary.

—¿Cómo es posible que tú creas que yo maté a tu hermano?

—Sí, lo creo. ¿Acaso no lo confesaste? Masarick fué testigo del crimen. El *vió cómo* lo matabas. Vió como arrojabas el cuerpo al otro lado de la zanja, junto a la pala de Alex.

—¿Eso vió Masarick? ¿Dónde está ese miserable?

—Aquí, en los Altos Hornos. Está con Alex. Los dos han logrado emplearse en seguida.

—¡Pues ahora mismo vas a saber quién fué el asesino, Mary!

VIII

Jan alcanzó a Masarick y, dando por ciertas sus sospechas, considerando que lo que él vió lo había cometido él, para explicarlo con tantos detalles, justos todos ellos, le acusó de plano de la muerte de Antón.

Pálido y tembloroso, Masarick negó, y Jan, para obligarle a hablar, lo zarandéó enérgicamente, dispuesto a todo por conseguirlo.

En aquel momento Alex, el idiota, viendo a Jan, gritóle desde la grúa que él conducía y que hacía el transporte del mineral hirviendo:

—¡No puedes escaparte, Jan! ¡Estás cogido como el ratón en la ratonera! ¡Voy a quemarte vivo!

La muerte estaba a dos pasos para Jan y Masarick.

Cobarde, Masarick suplicó a Jan que lo soltase para procurar salir del hoyo en que estaban los dos, y confesó, en su desesperación:

—¡Yo maté a Antón Zorn!

Unos obreros impidieron que Alex realizase su crimen, y al insistir el idiota en su intento de vengar a su hermano matando a Jan, se asió a unos cables eléctricos, y, electrocutado, cayó en la caldera donde bullía el mineral.

Un grito de horror escapó de todas las gargantas. ¡Qué tragedia!

Pitt, que con Mary y Claire había presenciado el drama, dijo a Mary, cuando Jan le enteró de que el muerto era hermano de ella:

—¿Puedo prevenir a su familia... a su padre, señorita?

—¿Qué le contestaría Mary? ¿Que él era su padre?

—No, no pudo decírselo... y repuso:

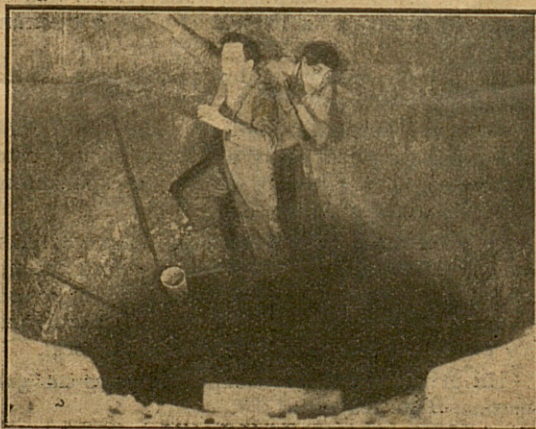
—No tengo a nadie, señor.

Y Jan apoyó sus palabras:

—En efecto, no tiene familia...

Masarick suplicó piedad a Jan, más éste lo mandó detener, para librar a la sociedad de un mal bicho.

Al día siguiente, la caldera en cuyo seno en-



La muerte estaba a dos pasos para Jan y Masarick.

contró horrible muerte el infortunado Alex, fué enterrada como su propio ataúd, dando 'ello lugar a una ceremonia imponente.

IX

Con la detención de Masarick, como autor del asesinato de Antón, Jan podía libremente repetir su amor a Mary, y le preguntó si quería ser su esposa.

Ella, compungida, respondió:

—Si te hubiera querido de veras, Jan, jamás habría dudado de tu inocencia.

—Yo mismo me condené, Mary. ¿Por qué no olvidar, como yo olvido?

—¡No, Jan! ¡Pertenece ahora a Claire! ¡Vuelve a ella!

Y llegó el día en que debían casarse Jan y Claire, el día en que todos los obreros de los Altos Hornos se convertirían en socios de una misma empresa...

Pero la boda no era la boda de Claire y Jan... sino, como se lo dijo, con su inalterable buen humor, Grines, la de Pitt... porque Claire, a pesar de los pesares, amaba a Wellington, y Jan no podría amar a Claire con la intensidad que amaba a Mary.

Mary no quiso permanecer ya más allí, y al disponerse a marchar envió la siguiente carta a Jan:

Mi querido Jan:

La vida me prometía ahora nuevas esperanzas, pero para realizarlas tenía que permane-

cer al lado tuyo y de Claire, y eso es superior a mis fuerzas. Perdóname por haber dudado de ti.

Te desea toda la felicidad de este mundo, tu pobre

Mary.

P. S. --- Este retrato y medallón son para Claire.

X

Un accidente automovilístico providencial hizo que Mary, recogida por Jan, fuese transportada a la casa de Pitt, donde fué solícitamente atendida.



Masarick suplicó piedad a Jan...

Claire comprendió, por las apasionadas frases y las caricias que le dedicaba, que Jan amaba a Mary, y llamando a su padre le dijo, encantada:

—Bueno, papá, supongo que ahora no tendrás nada que decir contra la candidatura de Wellington.

Pitt dirigióse a Jan y le dijo:

—¿Eres bastante hombre para comunicar a esa muchedumbre lo que acaba de suceder?

Mary suplicó a su amado:

—¡No, por Dios, Jan! ¡Vas a romper el corazón de Claire! ¿Sabes, Jan? ¡Claire es mi hermana!



...se arrojaron sobre ella...

—Déjame hacer, Mary... Voy a hablar con los obreros.

Pero el interés cegó a éstos, y creyendo que Jan los traicionaba, puesto que si no se casaba con Claire no daba Pitt las acciones, le dirigieron las peores amenazas, y al ver a Mary, que tuvo la mala ocurrencia de salir en aquellos instantes de la casa de Pitt, se arrojaron sobre ella, por haberse enterado de que era la mujer que había hecho cambiar de opinión a Jan.

Los ánimos estaban tan excitados, que Jan y Mary corrían peligro de ser linchados.

Pitt y Claire, con la consiguiente sorpresa, acababan de enterarse de que Mary era su hija y su hermana, respectivamente, y Pitt, súbitamente inspirado, presentóse ante las turbas y gritóles:

—¡No ha pasado nada, señores! ¡Brook ha cambiado de novia, pero no de suegro! Vuelvan al trabajo. Y piensen que desde ahora son socios de la Compañía.

Y ya que Pitt no casó a Claire con Brook, para tenerle como yerno, lo casó con Mary, que era tan hija suya como Claire.

Y así Claire casó con Wellington.

FIN

B.